

Antiguas guerras étnicas en el valle del río de la Magdalena

Arturo Cifuentes Toro
Antropólogo
Docente Universidad Central

.....
En las guerras de los colimas contra los panches y
de éstos contra muiscas, la jerarquía y el valor
personal se ve demostrado en la capacidad de
muerte sobre el enemigo.
.....

Al arribo de los peninsulares al valle del río de la Magdalena, se encontraban algunos grupos humanos localizados en sus márgenes, serranías y vertientes, en un proceso de guerras permanentes por la búsqueda de hegemonías o posesión de tierras y ciénagas que constituían parte de la riqueza económica de los habitantes de la región. De esta manera, uno de los más importantes señores del Bajo Magdalena, el de Tamalameque, por sometimiento regional, controlaba sitios tan distantes del Río como las estribaciones de la cordillera Oriental hasta la actual población de Ocaña.

De los conflictos de los pueblos ribereños, centraremos nuestro ensayo hacia los del Magdalena Medio, grupos localizados en cercanías al Río, quienes desalojaron etnias del entorno como los muiscas, que defendieron y trataron de recuperar territorio de las manos de grupos guerreros con costumbres antropófagas como los muzos, colimas, panches y parcialidades de opones y carares, los cuales redujeron y despla-

zaron a los aliados de los muiscas a lejanas regiones de las selvas del valle.

Uno de los grupos en permanente contienda en la región media del valle fue el de los panches, localizado al Occidente del departamento de Cundinamarca y estribaciones de la cordillera Central en el actual departamento del Tolima. Al igual que otras etnias, mantenían escaramuzas permanentes con sus vecinos territoriales colimas y muiscas —además de sus enfrentamientos internos—, los cuales se agudizaron con el arribo de los españoles ante la supremacía de las armas. Al conocer la fuerza de las armas españolas sobre las nativas, grupos panches se alían a ellos para pelear contra los del valle de la Magdalena, notándose de acuerdo a las fuentes españolas una diferencia territorial entre estos indígenas panches de la montaña o sierra con los del valle del río.

La provincia de los panches tenía, según el cronista Fray Pedro Simón, dilatadas tierras a una y otra margen del río Grande:

... y dentro de sí comprendía muchas y variadas provincias debajo de este nombre de panches; si bien en estos tiempos más se extiende toda su grandeza con nombre de la provincia de Tierra Caliente, a diferencia de la tierras frías que con las que propiamente se llama y se les puso de primera intención el Nuevo Reino de Granada, que con el nombre universal de Panches.¹

Los colimas se encontraban hacia el noroccidente del territorio panche, acechando de forma continua los poblados y caminos por los que los panches de las etnias o parcialidades de punzaima, nocaima, nimaima, tobía, calamoima, se encontraban y transitaban con sus productos.

En la *Relación de la Palma de los Colimas*, escrita en 1581, el español Gutierre de Ovalle describe que la forma más usual de guerrear de los colimas contra los panches, consistía en que éstos se «apellidaran» o se pusieran de acuerdo el día o momento del enfrentamiento con el fin, decía el español, de proveer de carne sus apetitos.

Tenían guerra estos indios colimas como se ha dicho con los panches vecinos provinciales suyos, y esta era común como contra enemigos capitales, y así se juntaban para ella, dándose noticias del día en que se había de ejecutar la caza. Y es así porque la pretensión de estos bárbaros en la guerra contra los panches y aun en algunas que tenían entre sí mismos, de apellido contra apellido a manera de bandos, la que principalmente pretendían era la carne de que se habían de hartar, y así cuando de las borracheras que para este fin se hacían, donde se determinaba la dicha caza de guerra, salía la noticia a volar, los colimas

del bando contrario de aquellos que la ordenaban y querían hallarse en ella, trataban partido de lo que habían de interesar para irles a ayudar contra los panches, de sus carnes para comer.²

La emboscada se efectuaba en la horas de la noche, asaltando los pueblos y caminos. Los panches, en igual medida, preferían la noche para sus ataques a los muiscas y grupos vecinos. Por otra parte, las grandes batallas —como las generadas contra los españoles—, se efectuaban en el día:

Antes de salir a sus habituales combates, los panches se adornaban la cabeza con penachos de vistosas plumas, lo que daba al conjunto de guerreros un aire imponente y pintoresco. En las manos llevaban el arco y la flecha, lo mismo que la macana de durísima madera. Para la pelea se disponían en escuadrones bien alineados con gran orden y disciplina, lo cual sorprendió a los españoles que hasta allí llegaron. Detrás de los guerreros venían los grupos de aprovisionamiento, con gran cantidad de pertrechos de guerra, como largas y gruesas mazas, hondas, zurronadas de piedra lisas, saetas emplumadas y cerbatanas con las que disparaban, y buena provisión de veneno para las armas arrojadas.³

El triunfo para unos y para otros consistía en la acumulación de cabezas:

Allí el que más cabezas de aquellas botijas cortaba y más anatomía en sus cuerpos hacía, más cargado de peso y alegría volvía a su casa, si él escapaba, y más vino bebía donde llegaba. Teníase cuenta con que si en los dichos asaltos nocturnos o diurnos o en la batalla de los mercados, mataba el colima una india pancha o de otra nación cualquiera, que como está dicho esta nación llama a las

¹ PEDRO SIMÓN Fray, *Noticias históricas de las conquistas de tierra firmes en las Indias Occidentales*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1981, tomo IV, pág. 301.

² Gutierre de OVALLE, Francisco, *Relación de la Palma de los colimas*, en: Revista Cespedesía, Colombia, 1983, pág. 259.

³ PEDRO SIMÓN Fray, *Noticias históricas*, en: Duque Gómez, Tribus indígenas y sitios arqueológicos, Historia Extensa de Colombia, tomo I, Bogotá, Ed. Lerner, 1967, pág. 381.

mujeres vicas, quedaba el matador con título de *apipa vica*, que es 'matador de la mujer' y si mataba niño o muchacho, decíase *apipa ivichipi*, que es 'matador del hombre-niño'.⁴

En la conquista de los territorios panches, muchas veces los españoles utilizaron las rivalidades existentes entre estos indígenas como mecanismo de dominación de las tierras. Los panches de la montaña: iqueimas, lachimies, calandoimas, se enfrentaron a las tropas españolas de una forma diferente a la de los guacana en la región de Tocaima. Los guacana ofrecieron sus guerreros para atacar a los lachimies y calandoimas, a quienes consideraban sus enemigos, entre los cuales los indígenas efectuaban actos de antropofagia, como si fueran guerreros distantes de su etnia. El historiador Duque Gómez, argumenta sobre este tema que entre los panches como en otros grupos que la practicaban «...tenía entre ellos, al menos en algunos casos, un sentido ritual, (...) ya que devoraban también a los que sobresalían por su valor, para de esta forma hacerse copartícipes de sus virtudes y atributos de guerreros mediante la ingestión de su propia carne.»⁵

Raphael Girard, en calidad de etnólogo y arqueólogo, analizando el caso de la guerra entre indígenas y grupos humanos en tierras suramericanas (considerados como plantadores o agricultores), y retomando la experiencia del alemán Hans Standen, quien vivió como prisionero durante nueve meses entre los tupi-guarani, a mediados del siglo XVI, considera, que solo un tupi o algunos guerreros de comunidades similares a éstos, adquieren el nombre y la categoría de hombre al sacrificar un enemigo en la guerra:

«Cuando el indio cambiaba de nombre se convertía en Aua=hombre, completo, capaz de ser considerado como guerrero, de perpetuar la genealogía de los antepasados masculinos y de desempeñar satisfactoriamente las funciones atribuidas a los padres, en los ritos de nacimiento.»⁶

En las guerras de los colimas contra los panches y de éstos contra muiscas, la jerarquía y el valor personal se ve demostrado en la capacidad de muerte sobre el enemigo. La personalidad entre los tupi se expresaba con símbolos exteriores de acuerdo a Girard. Éstos pueden corresponder, en el caso de los colimas y panches, a la presencia de cabezas trofeo localizadas en las empalizadas de las casas o en los lugares considerados como templos.

La defensa de las tierras, según el antropólogo Reichel-Dolmatoff, cuando es de alto rendimiento agrícola:

o de otros recursos importantes, conduce a la institución de guerras endémicas, con los fenómenos concomitantes de alianzas militares, la construcción de fortificaciones, y la movilidad social vertical por valentía. Hay un gran ímpetu en desarrollar las relaciones comerciales con regiones vecinas y alejadas, y figuran prominentemente los artículos suntuarios.⁷

Fray Pedro Aguado, describiendo la marcha del capitán Yáñez Tafur, hacia la tierra de los panches, contó como el intérprete indígena que llevaban les traducía a los españoles el gesto de los indios con sus canastos y sogas, los cuales mostraban diciéndoles que en ellos meterían sus cuerpos para solemnizar sus fiestas y poner sus cabezas en sus santuarios.⁸

⁴ GUTIERRE DE OVALLE, op, cit., pág. 260.

⁵ DUQUE GÓMEZ Luis, *Tribus indígenas y sitios arqueológicos*, en: Historia Extensa de Colombia, tomo I, Bogotá, Ed. Lerner, 1967, pág. 381.

⁶ GUIRARD Raphael, *Historia de las civilizaciones antiguas de América*, Madrid, Editorial Istmo, 1986, tomo I, pág. 167.

⁷ REICHEL-DOLMATOFF, GERARDO, *Colombia prehispanica*, en: Manual de historia de Colombia, Bogotá, Procultura, 1982, tomo I, pág. 68.

⁸ PEDRO AGUADO Fray, *Recopilación historial*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, tomo I, 1955, pág. 452.

Pero estos españoles, anota el antropólogo Roberto Pineda, con mejores armas y una posición dominante, también estaban agarrados en su propia «trampa». Ciertamente, podían morir durante las expediciones por causa de los indios y de la naturaleza hostil, agresiva y salvaje, y ser presa humana de la ritualidad indígena en los actos de antropofagia y convertirse en cabeza trofeo.⁹

Los panques preparaban sus contiendas de forma parecida a los colimas y grupos localizados en las riberas del río Magdalena, de acuerdo con las Relaciones Geográficas como la de Tenerife II, donde se describe la ritualidad y la jerarquía de los participantes, así como de los implementos utilizados, la manera de ser servidos por las mujeres y los súbditos y los espacios para tal fin. Estas situaciones se asocian con las decoraciones de las tapas de las urnas funerarias de la región, como las figuras sedentes de hombres y mujeres con un recipiente en la mano, con la macana o madera de guerra, constituyen, según el etnólogo Roberto Pineda Camacho,

el más sobresaliente (...) carácter convencional de la posición sentada; diversos estudios etnológicos y fuentes históricas indican que dicha posición connota un sentido de autoridad y de poder chamánico (...). En este sentido, sentarse es más bien una técnica del

cuerpo asociada íntimamente con las calidades y poderes del chamán (...) la figura sedente que preside la urna representa —por lo menos— un símbolo chamánico poderoso para generar la vida o, si se quiere, recrear la nueva vida del difunto.¹⁰

Retomando lo expuesto al principio, los preparativos para la guerra que hacían los panques consistían en celebrar grandes y continuas borracheras, en las cuales ordenaban sus ataques y venganzas contra sus enemigos. Por otro lado, de acuerdo con el cronista Aguado, en sus santuarios depositaban «las cabezas de las personas que en guerra han muerto, así de indios como de españoles, los cuales adornan con cierto betún que hacen, y después de comida la carne, hinchan los huecos y vacíos que en ellas quedan de aquel betún, dejándolas así como si estuvieran vivas y sanas.»¹¹

Las cabezas trofeo, corresponderían como símbolos, a los triunfos de guerra, significando saqueo y botín. Con la cabeza, como anota Aguado, al ser reconstruida y depositada en lugares especiales, el panque perdía el temor y se enorgullecía ante el enemigo que se encontraba recluido en sus aposentos. Éstas se encuentran también referenciadas en la etnografía y en la etnohistoria de muchos grupos indígenas de Suramérica. En Colombia, entre los quimbayas, como anota Cieza de León, y

.....
Una de las razones por las que se producen enfrentamientos entre grupos localizados en un aparente entorno natural rico, es el agotamiento de los suelos y la escasez progresiva de la fauna.

⁹ PINEDA CAMACHO, Roberto, *Maloca del terror y jaguares españoles. De la resistencia indígena en el Cauca ante la invasión española en el siglo XVI*, en: Revista de Antropología, vol. III- 2, Bogotá, Universidad de los Andes, 1987.

¹⁰ PINEDA CAMACHO, Roberto, *Los hombres sentados del Medio Magdalena: una aproximación al significado del arte funerario prehispánico*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1992.

¹¹ PEDRO AGUADO, Fray, op, cit., pág. 456.

entre los panches, como escribió Fray Pedro de Simón, se practicaba el empalamiento de los cráneos los cuales se colgaban en las entradas de los pueblos como signo de intimidación. En el valle del Cauca los indígenas de Lili, embalsamaban a los guerreros contrarios para mostrarlos en las incursiones armadas con el propósito de producir temor en el enemigo.

A este respecto, y en relación con el orden con que ponían en las cabezas, escribió Aguado:

en sus santuarios es, que a las que son de algún pueblo que del santuario esté al levante, las ponen que estén vueltas mirando al poniente, y las que son de la parte del poniente pónenlas vueltas al levante, y así por esta orden a las demás. Esto hacían y hacen hasta hoy, por que dicen que si las ponen que miren a sus tierras y pueblos que llamarán a sus parientes y amigos para que vengan a matarlos a ellos en venganza de sus muertes: una cosa harto de bárbaros. Pónenlas en los santuarios por lo alto, por unos andenes que ellos tienen todos alrededor, como el boticario pone sus redomas.¹²

Por otra parte, los guechas, guerreros establecidos por los muiscas en las fronteras de los panches, perforaban sus labios e insertaban canutillos de oro por cada enemigo muerto, pero a diferencia con los panches, no ingerían la carne del guerrero caído.

Estos guerreros muiscas eran:

hombres de grandes cuerpos, valientes sueltos, determinados y vigilantes, a quienes les pagaban sueldos, plazas aventajadas por mejores soldados. Estos andaban siempre trasquilados el cabello, horadadas las narices y labios y a la redonda de todo el circuito de las orejas atravesadas por otros agujeros que tenían muchos canutillos de finísimo oro, y

los agujeros de los labios, y narices eran también para poner de los mismos, pero aquí no se los ponían hasta que iban matando indios panches, de manera que cuantos indios mataban, tantos canutillos de fino oro se colgaban de las narices y labios.¹³

Tener trasquilado el cabello, anotó después Simón, era más por no dejarse prender de ellos en los enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Caciques principales, como el Bogotá, en algunas oportunidades ofrecían, por la valentía al guerrero, el mando sobre algún pueblo donde faltara el heredero legítimo.

En cuanto a la descripción de los guerreros panches escribía Simón que era:

toda gente robusta, suelta y bien alineada, de grandes cuerpos y disposición, con rostros horribles, feos, y feroces, con las frentes y colondrillos chatos y aplanados, que es la disposición de cabezas de estos indios.¹⁴

Para el guerrero en general el triunfo sobre el contrario consistía en capturar muchos enemigos, por ello entre otros grupos de Suramérica se aprecian escenarios similares. El alemán Hans Standen, en su cautiverio, escribía sobre el comportamiento de los tupi:

su mayor honra es prender y matar muchos enemigos; es costumbre entre ellos que cuantos más enemigos haya matado uno, tantos nombres puede tener. Y el más noble entre ellos es el que tiene más nombres de esta especie.¹⁵

El guerrero, según Girard, en muchos grupos indígenas suramericanos, y en el caso de los tupi, es comparado con el buscador de «comida» y la víctima, como «su comida» palabra que se puede interpretar en doble sentido: el propio, que se refiere a la carne humana del

¹² PEDRO AGUADO, Fray, op. cit., pág. 457.

¹³ PEDRO SIMÓN, Fray, op. cit., tomo IV, pág. 213.

¹⁴ *Ibidem.* III, 216.

¹⁵ GUIRARD, Raphael, op. cit., pág. 157.

banquete ritual y el figurado alusivo a la comida vegetal que había de abundar en virtud del sacrificio humano. Hay constante iteración entre ritos, economía y sociedad.¹⁶

Los sacrificios humanos entre los indígenas de la región del valle Medio del río de la Magdalena, de acuerdo con las descripciones de los cronistas, eran usuales. Entre grupos como los muiscas, los sacrificios se presentaban en empalamientos, pero sin el consumo ritual del sacrificado. Entre caribes y quimbayas, las cabezas trofeo fueron comunes como emblema de jerarquía y belicosidad.

Otro elemento que se ve, de acuerdo con las descripciones españolas en las contiendas entre indígenas, es la captura de prisioneros. Gutierre de Ovalle, escribía:

En estas guerras también había prisioneros y se tomaba gente a vida, sobre todo mujeres mozas y muchachuelos, de los cuales se servían a sus apetitos como de personas deslibertadas.¹⁷

De acuerdo con las crónicas de Indias, en muchas partes de América la captura de prisioneros era generalizada. Pero no había un sacrificio inmediato del prisionero. Era cuidado con esmero, pero era presa de mofa, o de juego para los niños y los ancianos, y muchas veces era sacrificado durante la época de cosecha. Para el investigador Víctor Manuel Patiño, en la mayoría de los casos los asaltos por los pueblos guerreros a sus vecinos tenían por objeto la captura de esclavos, de cabezas trofeo o de víctimas para satisfacer el canibalismo ritual, que practicaban no por falta de abastos. El investigador anota que en la época de siembra y cosechas,

los grupos guerreros mantenían una especie de tregua, incluso presentada a los mismos españoles como fue el caso de los muzos.¹⁸

Una de las razones por las que se producen enfrentamientos entre grupos localizados en un aparente entorno natural rico, es el agotamiento de los suelos y la escasez progresiva de la fauna. El antropólogo Marvin Harris, anota cómo en bandas y aldeas de la selva tropical, el crecimiento demográfico obliga a ciertos grupos a guerrear contra sus vecinos en busca de ampliar el territorio de caza y de adquirir las mejores vegas de los ríos.

Este autor, analizando el caso de los yanomamos de hoy en cuanto a sus incursiones bélicas, señala aspectos que pueden ser aplicados a grupos indígenas del pasado: a medida que las aldeas crecen, la caza intensiva disminuye; la carne de los grandes animales escasea y la gente se ve obligada a consumir animales pequeños, insectos y larvas.

Se alcanza el punto de los rendimientos decrecientes. Aumentan las tensiones dentro y entre las aldeas, y esto las lleva a escindirse antes de agotar de modo permanente los recursos animales. Esto provoca, asimismo la escalada de incursiones, que dispersa las aldeas yanomamo sobre un extenso territorio a la vez que protege los recursos vitales al crear tierra de nadie que funciona como reserva de caza.¹⁹

Los colimas, por otra parte, hostigaban permanente a los panches en las regiones cercanas al río Negro en su tramo medio y bajo. Esto pudo corresponder al afán de conquistar las tierras cercanas al río de la Magdalena, en las cuales la pesca era un elemento de gran impor-

¹⁶ *Ibidem*, II, pág. 156.

¹⁷ OVALLE, Gutierre de, op., pág. 260.

¹⁸ PATIÑO, Víctor Manuel, *Historia de la cultura material en la América equinoccial*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990, tomo I, pág. 156.

¹⁹ HARRIS, Marvin, *Introducción a la antropología general*, Madrid, Alianza Universidad Texto, 1981, pág. 229.

tancia en la dieta y economía. Los panches dominaban el sector del río donde se represaban peces especialmente en época de subienda. En tiempos de la Conquista, los españoles describieron varias incursiones de los colimas hacia las tierras de Honda y Mariquita, dominadas entonces por los panches y sus aliados.

En cuanto a las mujeres, su ausencia tuvo que ver con su rapto que algunas tribus practicaban. Los panches, por su costumbre de circuncidar las niñas, sufrían de escasez, probablemente por las infecciones que adquirían al practicar la operación, o por el control natal que las mujeres ejercían en relación con el primogénito, que debería ser hombre, característica propia de las sociedades de estructura patrilineal y de connotación guerrera. La mujer, al no ser partícipe de las contiendas, fue considerada una carga en la crianza o por ser

botín de guerra. Su papel se limitaba al cuidado del varón que sería guerrero.

Grupos guerreros como los colimas y panches, incursionaron sobre comunidades de mayor actividad agrícola como la muisca y la muzo, donde el papel de la mujer era prioritario para el desarrollo de las actividades de siembra y cosecha, por ello raptaban a las mujeres, obligaba al casamiento por compromiso y el intercambio de mujeres entre las parcialidades creaba una reciprocidad y alianza, a la cual se recurría en caso de confrontación con fuerzas foráneas.

En las sociedades tribales, bien lo anotó el antropólogo Marshall Sahlins, durante el tiempo en que los hombres viven sin una autoridad común que los atemorice a todos, se hallan en la condición de hostilidad, hostilidad de todos contra todos. **U**